

nos da tres formulas de la pequeña dogología. La primera es, *gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo*. La segunda, *gloria al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo*. La tercera, *gloria al Padre, en el Hijo y el Espíritu Santo*. Sozomeno y Niceforo añaden otra, á saber: *gloria al Padre y al Hijo, en el Espíritu Santo*. La primera de estas dogologías es la mas antigua, y ha estado siempre en uso en las iglesias de Occidente. Teodoro dice que viene de los apóstoles. *Hist.*, t. 4, c. 1. Las otras tres fueron compuestas por los arrianos, hacia el año 311, en el concilio de Antioquia, en el que los arrianos que empezaban á no estar de acuerdo entre sí, quisieron tener dogologías relativas á sus diversas opiniones. Los católicos por su parte conservaron la antigua dogología, como una profesion de fe opuesta al arrianismo. Asi lo mandó el concilio de Vaison el año 529. V. Fleury, *Hist. ecclés.*, t. 32, l. 12, p. 268.

Esta prueba de la antigua creencia es tanto mas fuerte, cuanto que no se puede asignar el primer origen de esta manera de alabar á Dios.

Por lo demás, como observa Bingham, la pequeña dogología no siempre ha sido uniforme, en cuanto á los términos, en las iglesias católicas; pero no ha variado en cuanto al sentido. El cuarto concilio de Toledo, celebrado en 633, se expresa así con respecto á esto: *In fine omnium psalmsorum dicimus: Gloria et honor Patri, et Filio, et Spiritui Sancto, in secula seculorum, amen.* Walafrid Strabon, *De reb. ecclés.*, c. 25, refiere que los griegos la concibieron en estos términos: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto, et unct et semper, et in secula seculorum, amen.* Fuera de esta dogología que terminaba los salmos, observa Bingham que habia antiguamente una de la cual cita un ejemplo sacado de las *Constituciones apostólicas*, t. 8, c. 12, por la cual terminaban las oraciones: *Omnis gloria, veneratio, gratiarum actio, honor, adoratio Patri, et Filio, et Spiritui Sancto unct et semper et in infinita ac sempiterna secula seculorum, amen.* O esta otra: *Per Christum quo tibi et Spiritui Sancto gloria, honor, laus, glorificatio, gratiarum actio in secula, amen.* Y por fin esta, por la cual se concluían los sermones ú homilias: *Uí obtineamus eternam vitam, per Jesum Christum, cui cum Patre et Spiritui Sancto, gloria et potestas in secula seculorum, amen.* Bingham, *Orig. ecclés.*, t. 6, l. 14, c. 2, § 1.

En cuanto á la grande dogología ó al *gloria in excelsis*, exceptuando las primeras palabras que los evangelistas atribuyen á los ángeles

que anunciaron á los pastores el nacimiento de Jesucristo, se ignora por quién se añadió el resto; y aunque toda la composicion se llama el *himno evangélico*, los PP. reconocieron que todo lo demás era obra de los hombres. Esto es lo que se ve en el cánon trece del concilio cuarto de Toledo. Lo que hay de cierto es que este cántico es muy antiguo, y es una profesion de fe no menos clara que la anterior. S. Juan Crisóstomo observa que los ascetas lo cantaban en el oficio de la mañana. Pero desde la mas remota antigüedad se ha cantado principalmente en la misa, aunque no todos los dias. La liturgia mozarabe quiere que se cante el dia de Natividad antes de las lecciones, es decir, antes de la lectura de la epistola y del Evangelio. En las demás iglesias no se cantaba mas que el domingo, en las pascuas y en las demás fiestas mas solemnes; aun en el dia, en la Iglesia romana, no se dice en la misa de los dias de feria y de fiesta simples, así como tampoco en el adviento, ni en la septuagésima hasta el sábado santo exclusivamente. Bingham, *Orig. ecclés.*, tom. 6, lib. 4, c. 11, § 2.

Es muy probable que desde el origen del arrianismo la Iglesia hizo uso de las dogologías mas comunes, é hizo una ley de lo que no era antes mas que unacostumbre, á fin de preservar á los fieles del error; pero una y otra son mas antiguas que el arrianismo, y prueban que los arrianos eran novadores. Es tambien probable que Eusebio tiene presentes estas dos fórmulas, cuando dice que los cánticos de los fieles atribuan la divinidad á Jesucristo, y que habian sido compuestos desde el principio, *Hist. ecclés.*, lib. 3, cap. 28. Con efecto, Plinio el Joven, *Epist.* 97, lib. 10, escribe á Trajano que los cristianos en sus reuniones cantaban himnos á Jesucristo como á un Dios. Luciano lo testifica de la misma manera en el *dialogo titulado Philopatris*. Le Brun, *Explic. de las ceremonias de la misa*, tom. 1, pág. 163.

**Dualismo ó Diteísmo.** V. MANQUEFESMO.

**Duda en materias de religion.** \* [«Que los que combaten la religion, dice Pascal (*Pensamientos*), aprendan al menos lo que es antes de combatirla. Si esta religion se lisonjeara de tener una idea clara de Dios, y poseerle al descubierto y sin velo, seria combatirla el decir que no se ve nada en el mundo que le manifieste con esta evidencia. Pero pues que por el contrario dice que los hombres están en las tinieblas y alejados de Dios, que se oculta á su conocimiento, y que es el mismo nombre que Dios se da en las Escrituras, *Deus absconditus*; y por último, si la religion tra-

haja en establecer igualmente estas dos cosas, que Dios ha puesto señales sensibles en la Iglesia para darse á conocer á los que le busquen sinceramente, y que las ha cubierto sin embargo de tal manera que no será percibido sino de aquellos que le busquen de todo corazón, ¿qué ventaja pueden sacar cuando en el abandono en que hacen profesion de estar, respecto á buscar la verdad, claman que nada se la manifiesta, puesto que esta obscuridad en que están y que objetan á la Iglesia, no hace mas que establecer una de las cosas que sostienen sin tocar á la otra, y confirma su doctrina, lejos de arruinarla?»

» Seria preciso, para combatirla, que exclamasen que han hecho todos sus esfuerzos para buscarla en todas partes, y aun en lo que la Iglesia propone para instruirse; pero sin ningun resultado: si hablaran de esta manera, combatirían á la verdad una de sus pretensiones; mas espero probar aquí que no hay persona razonable que pueda hablar así, y aun me atrevo á decir que nadie lo ha hecho hasta ahora. Bastante sabida es ya la manera como obran los que están en esta inteligencia. Creen haber hecho grandes esfuerzos para instruirse, cuando han empleado algunas horas en la lectura de la Biblia, y han preguntado á algunos eclesiásticos sobre las verdades de la fe. Despues de esto se alaban de haber buscado sin éxito la religion entre los libros y los hombres. Pero á la verdad, no puedo menos de decirles lo que he dicho muchas veces, que este abandono no es soportable; no se trata aquí del interes ligero de alguna persona extraña, se trata de nosotros mismos y de nuestro todo.

» La inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto y que nos toca tan de cerca, que es preciso haber perdido todo sentimiento para estar en la indiferencia sobre lo que hay respecto de esto. Todas nuestras acciones y pensamientos deben tomar caminos tan diferentes, segun debamos esperar bienes eternos ó no, que es imposible dar un paso con sentido y juicio sin encaminarlo por esta via, que debe ser nuestro último fin.

» El abandono de algunos hombres en un negocio en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita mas que me enterece; me admira y me espanta, es un monstruo para mí. No digo esto por el celo piadoso de una devocion espiritual; por el contrario, pretendo que el amor propio, que el interes humano, que la mas simple luz de razon nos debe suministrar estos sentimientos. Para esto no es necesario ver mas que lo que ven las personas menos ilustradas.

» Tampoco es preciso tener el alma muy elevada para comprender que no hay satisfaccion verdadera ni sólida aqui abajo, que todos nuestros placeres no son mas que vanidad, que nuestros males son infinitos, y que en fin la muerte que nos amenaza á cada momento debe ponernos en pocos años, y tal vez en pocos dias, en un estado eterno de felicidad, ó de desgracia, ó de aniquilamiento. Entre nosotros, el cielo y el infierno, ó la nada; la cosa mas frágil de este mundo es la vida, y no siendo seguramente el cielo para los que dudan de que su alma es inmortal, no tienen que esperar otra cosa mas que el infierno ó la nada.

» Nada mas terrible ni real que esto. Hagámonos los valientes tanto cuanto queramos; hé aquí el fin que espera á la mas bella vida del mundo.

» En vano tratan de apartar su pensamiento de esta eternidad que les espera, como si pudieran destruirla no pensando en ella. Subsiste á su pesar, se adelanta, y la muerte, que debe abrirla, los pondrá infaliblemente en poco tiempo en la horrible necesidad de ser eternamente ó aniquilados ó desgraciados.

» Hé aquí una duda de terribles consecuencias, y seguramente es ya un gran mal el estar en ella: pero por lo menos es un deber indispensable investigar todo lo que haya acerca del particular cuando se está en semejante estado. Así el que duda y no busca es á la vez muy injusto y bien desgraciado. Si con esto está tranquilo y satisfecho, si hace profesion de ello y se vanagloria, y si este estado es el objeto de su alegría y de su vanidad, no tengo términos para calificar á tan extravagante criatura.

» ¿En dónde se encontrarán estos sentimientos? ¿Qué motivo de alegría es el no esperar mas que miserias sin recurso? ¿Qué motivo de vanidad el verse en obscuridades tan impenetrables? ¿Qué consuelo el no esperar nunca un consolador?

» Este descuido en esta ignorancia es una cosa monstruosa, y cuya extravagancia y estupidez es preciso dar á conocer á los que pasan su vida en ella, manifestándoles lo que pasa en sí mismos, para confundirlos por la idea de su locura. Porque hé aquí cómo racionan los hombres cuando eligen vivir en la ignorancia de lo que son, y sin tratar de ilustrarse:

» No sé quién me ha colocado en el mundo, ni lo que es el mundo, ni lo que soy yo mismo. Estoy en una ignorancia terrible de todas las cosas. No sé lo que es mi cuerpo, ni mi alma, ni mis sentidos, y a parte de mí mismo,

que piensa lo que digo y que reflexiona sobre todo y sobre sí misma, no se conoce mas que lo demás. Veo esos espantosos espacios del universo que me encierran, y me encuentro en un rincón de esta vasta extension, sin saber por qué estoy mas bien colocado en este lugar que en otro, ni por qué en este poco tiempo que me es dado vivir se me ha asignado este punto mas bien que otro, desde la eternidad que me ha precedido y que me sigue. No veo mas que infinitudes en todas partes que me traigan como un átomo y como una sombra, que no dura mas que un instante sin que vuelva jamas. Todo lo que yo conozco es que debo morir bien pronto, pero lo que ignoro mas, es esta misma muerte que yo no podré evitar.

» Como no sé de dónde vengo, tampoco sé adónde voy; solo sé que al salir de este mundo caeré para siempre, ó en la nada, ó en las manos de Dios irritado, sin saber á cuál de estas dos condiciones debo eternamente pertenecer.

» He aquí mi estado lleno de miseria, de debilidad, de oscuridad. Y de todo esto deduzco que debo pasar todos los dias de mi vida sin pensaren lo que ha de sucederme; y no tengo mas que seguir mis inclinaciones sin reflexion y sin inquietud, haciendo todo lo posible para caer en la desgracia eterna, en el caso que lo que se dice sea verdadero. Tal vez podría encontrar alguna ilustracion en mis dudas, pero no quiero formarme este trabajo, ni dar un paso para buscar la verdad; y tratando con desprecio á los que trabajen en esto, quiero ir sin prevision y sin temor á intentar tan grande acontecimiento, y dejarme conducir humildemente á la muerte en la incertidumbre de la eternidad de mi condicion futura.

» Nada es tan importante al hombre como su estado: nada le atormenta masque la eternidad. Y así, el encontrar hombres indiferentes á la pérdida de su ser y al peligro de una eternidad de miseria, no es natural. Son enteramente otros con respecto á las demás cosas: temen hasta las mas pequeñas, las preven, las conocen; y este mismo hombre que pasa los dias y las noches en la rabia y desesperacion por la pérdida de un destino, ó por alguna ofensa imaginaria á su honor, ese mismo sabe que todo va á perderlo con la muerte, y no obstante permanece sin inquietud, sin alteracion y sin emocion. Esta extraña insensibilidad para las cosas mas terribles en un corazon tan sensible para las mas leves, es una cosa monstruosa, es un encanto incomprendible y un adormecimiento sobrenatural.

» Un hombre, en un calabozo, no sabiendo

si ha sido dada su sentencia, no teniendo mas que una hora para saberla, y bastando esta hora, si sabe que la sentencia está dada, para revocarla, es contra lo natural emplee esta hora, no en informarse si se le ha dado la sentencia, sino en jugar y divertirse. Este es el estado en que se encuentran esas personas, con la diferencia que los males de que están amenazados son muy diferentes de la simple pérdida de la vida y del suplicio pasajero que tenía este prisionero. No obstante corren al precipicio sin cuidado, despues de haberse vendado los ojos para no verlo, y se mofan de los que se lo avisan.

» Así, no solo el celo de los que buscan á Dios prueba la verdadera religion, sino tambien la ceguera de los que no le buscan, y que viven en este horrible abandono. Es preciso que haya una extraña perturbacion en la naturaleza del hombre para vivir en este estado, y todavía mas para envanecerse de ello. Porque aun cuando tuvieran una certeza completa que no habia que temer despues de la muerte mas que el caer en la nada, ¿no sería un motivo de desesperacion mas bien que de vanidad?; no es una locura manifiesta, no estando seguros de ello, el gloriarse de permanecer en la duda? Y sin embargo es cierto que el hombre es tan desnaturalizado, que hay en su corazon una semilla de alegria con respecto á esto. Este decanso brutal entre el temor de la nada y del infierno parece tan bello, que no solo los que están verdaderamente en esta duda desgraciada se alaban de ello, sino que aquellos mismos que no lo están creen que es una gloria el fingir estarlo, porque la experiencia nos hace ver que la mayor parte de los que lo dicen son de este último género, son gentes que se enmascaran, y no son lo que quieren aparecer. Son personas que han oído decir que las buenas maneras del mundo consisten en hacerse el loco de esta manera. Esto es lo que llaman haber sacudido el yugo, y la mayor parte lo hacen solo por imitar á los demás.

» Pero, por poco sentido comun que tengan, no es difícil hacerles entender cómo se engañan tratando de adquirir estimacion de esta suerte. No es este el medio de obtenerla, aun entre las personas de mundo que juzgan vanamente de las cosas, y que saben que el único medio de conseguirla es el parecer honrado, fiel, juicioso, y capaz de servir utilmente á sus amigos; porque los hombres no aman naturalmente sino lo que puede serles útil. Ahora bien; ¿qué ventaja nos resulta de oír decir á un hombre que ha sacudido el yugo; que no cree que haya Dios que vela sobre sus

acciones; que se considera como dueño de su conducta, y que no piensa en dar cuenta de ella sino á sí mismo?; Piensa por esto que nos inclina á depositar mucha confianza en él, y á esperar consuelos, consejos y auxilios en todas las necesidades de la vida?; Cree que nuestra alma no es mas que un poco de viento y humo, y decírnoslo en un tono altanero y contento?; Es una cosa para decirlo juagando? Por el contrario, ¿no es una cosa que ha de decirse como lo mas triste de este mundo?

» Si pensaran con seriedad en ello, verian que se toma tan á mal, que es tan contrario al buen sentido, tan opuesto á la honradez y tan extraño á todas esas maneras de buen tono que buscan, que nada es mas capaz de atraerles el desprecio y aversion de los hombres, y hacerles pasar por personas sin talento y sin juicio. Y con efecto, si se les obligara á dar cuenta de sus ideas y de las razones que tienen para dudar de la religion, dirán cosas tan débiles y tan bajas que persuadirán mas bien lo contrario. Esto es lo que les decia muy á propósito una persona cierto dia: Si continúais durciendo de esta suerte, en verdad que me convertiréis. Y tenia razon, porque ¿quién no se horrorizará al verse sumido en unos sentimientos en que tiene por compañeros á personas tan despreciables?

» Así los que no hacen mas que fingir esos sentimientos son bien desgraciados al forzar su natural para hacerse los mas impertinentes de los hombres. Si están quejosos en el fondo de su corazon por no tener mas luces, que no lo disimulen; esta declaracion no será vergonzosa. No hay vergüenza sino en no tenerla. Nada descubre mas esa extraña debilidad de entendimiento que el no conocer cuál es la desgracia de un hombre sin Dios. Nada manifiesta mas una extrema baja de corazon que el no desear la verdad de las promesas eternas. Nada es mas cobarde que el hacerse el valiente contra Dios. Que abandonen, pues, esas impiedades á los que son bastante mal nacidos para ser verdaderamente capaces de todo esto; que al menos sean honrados si no pueden ser cristianos, y que por último reconozcan que no hay mas que dos clases de personas á quienes se pueda llamar razonables: ó los que buscan á Dios de todo su corazon porque le conocen, ó los que le buscan de todo su corazon porque no le conocen todavía. »]

Un hombre puede dudar de la religion, porque por lijereza, por disposicion ó por cualquier otro motivo no ha tratado de instruirse.

Si es de buena fe y trata de examinar las pruebas de la religion, su duda desaparecerá bien pronto. Por lo que respecta á los que han buscado dudas, que por una curiosidad temeraria han querido leer los libros de los incrédulos, sin haber hecho los estudios necesarios para desenvolver lo falso de sus sofismas, son bien criminales.

Con mas razon debe condenarse á los que permanecen por eleccion y con un propósito deliberado en la duda ó en el escepticismo relativamente á la religion, bajo pretexto de que si tiene pruebas, tiene tambien sus dificultades, y que es preciso esperar á que estén resueltas todas las objeciones para tomar un partido. Esta duda es una irreligion formal y reflexionada.

1º Es un absurdo el considerar á la religion como un proceso entre Dios y el hombre, como un combate en el cual tiene este derecho para resistir cuanto pueda, y defender su libertad, es decir, el privilegio de seguir sin remordimientos el instinto de las pasiones. El que no mire á la religion como un beneficio, la detesta ya: jamás la encontrará suficientemente probada; le afectarán mas las objeciones que las pruebas, porque su corazon le tiene en guardia contra estas últimas.

2º Es un absurdo el querer que la religion sea tan invenciblemente demostrada como las verdades de geometria y de cálculo. Estas no estarían al abrigo de las objeciones, si hubiera un interes en ponerlas en duda. Es falso que el grado de certeza deba ser proporcionado á la importancia de la cuestion. Justamente porque la verdad de la religion es muy importante, es porque se le hacen tantas objeciones, y por lo que los sofistas muy sutiles desplegan contra ella todas las fuerzas de su ingenio. Si hay en el orden civil una cuestion de extrema importancia, es la legitimidad de nuestro nacimiento; ¿qué demostracion tenemos de ella? A Dios toca solo prescribirnos la manera con que quiere ser adorado; luego es necesario que la religion sea revelada; ahora bien; el hecho de la revelacion no puede probarse sino como cualquier otro hecho, por pruebas morales, por testimonios, y no por demostraciones geométricas ó metafísicas.

3º Jamás un esceptico ha buscado las pruebas de la religion con tanto ardor como las objeciones. Es suficiente que saque un libro en su defensa para excitar el desden y el disgusto de todos los que quieren dudar; le condenan y desacreditan, aun sin haberle leído, y segun su juicio todo libro que ataca la religion es una obra maestra de sabiduria y de buen sentido.

4º Los que aman la religión y la practican, encuentran las pruebas de ella en el fondo de su corazón; no tienen necesidad ni de libros, ni de disputas, ni de demostraciones. La fe es tranquila y pacífica; la incredulidad quisquillosa, jamás se satisface. ¿Pondremos en cuestión durante toda la vida un deber que nace con nosotros, y que debe decidirse de nuestra suerte eterna? Si morimos antes de concluir la *disputa*, ¿nos disculparemos con decir que no hemos vivido el tiempo suficiente para terminarla?

5º La religión se ha hecho tan bien para los ignorantes como para los filósofos; si fuese un negocio de discusión, de erudición y de crítica, los primeros estarían condenados á no tener religión. Es un absurdo el creer que Dios debió proveer á la salvación de los sabios de otra suerte que á la del pueblo. Cuando se trata de interés personal, los filósofos toman su partido sobre las mismas razones, los mismos motivos y con el mismo grado de certeza que los demás hombres; la religión es lo único sobre lo cual son disputadores y pertinaces.

6º Hace diez y ocho siglos que la religión no ha cesado de ser atacada: á pesar de los volúmenes inmensos de objeciones y sofismas que en todos tiempos se han hecho contra ella, no obstante ha sido creída y practicada. ¿Se atreverán á sostener que entre todos los que están por ella no se encuentra uno solo ilustrado, instruido, de buen sentido y de buena fe, uno solo que haya pesado las objeciones y las pruebas? Si por lo menos hay tantos como incrédulos, la única diferencia que existe, es que los primeros aman la religión, al paso que los segundos la temen y detestan.

7º Hay siglos notables por la multitud de los que dudan de la religión, y que se ocupan en reunir nublados para oscurecer sus pruebas. El nuestro se halla en este caso. ¿Por ventura es porque hay mas penetración, rectitud y celo por instruirse, temor de incurrir en el error que en los siglos anteriores? Pero cuando el lujo, el furor de los placeres, las fortunas sospechosas, las bancarotas fraudulentas, los sofismas de la truhanería y el desprecio de la urbanidad son llevados al último extremo, ese tono general de las costumbres no es el mas á propósito para inspirar amor á la verdad. Por mas que se manifieste, es inútil cuando de antemano hay predisposición á desconocerla y extrañarla.

8º Si los que dudan se encontraran sinceramente incomodados por no ser persuadidos,

¿tratarían de inspirar á los demás la enfermedad de que se ven atacados? Este rasgo de malicia sería detestable. Su celo para hacer prosélitos manifiesta que aman su incertidumbre, que esta forma toda su gloria, que se encontrarían mal si pensarán de otra suerte. Tratan de cimentarse en la multitud de los que seducen, su último recurso será decir: *Es preciso que yo tenga razon, cuando tantos otros piensan como yo.* V. DESCARTES, ESCÉPTICISMO, OBJECIONES, PRUEBAS.

**Duelo.** Combate singular de hombre á hombre para vengar una injuria. \* [ «Guardaos, dice J.-J. Rousseau, de confundir el nombre sagrado del honor con esa preocupación feroz que pone todas las virtudes en la punta de una espada, y no es propia mas que para hacer valientes malvados. Que este método sea un suplemento, si se quiere, de la probidad; en cualquier parte en que reine esta, su suplemento no es inútil. Y ¿qué pensar del que se expone á la muerte para exceptuarse de ser hombre honrado? »

Además, ¿en qué consiste esa horrible preocupación? En la opinión mas extravagante y bárbara que pudo entrar jamás en el entendimiento humano, á saber: que todos los deberes de la sociedad se suplen con el valor; que un hombre deja de ser pillo, bribón, calumniador, que es político, humano, bien educado, cuando sabe batirse; que la mentira se cambia en verdad; que el robo se hace legítimo, la perfidia honrosa, la infidelidad laudable en el momento que se sostenga todo esto con la espada en la mano; que una afrenta se encuentra ya reparada por una estocada, y que nunca se hace injuria á un hombre con tal que se le mate. Confieso que hay otra clase de lance en el que la caballería se une á la crueldad, y en el que no se matan las personas sino por casualidad; es aquel en que se batien á primera sangre. A la primera sangre, ¡gran Dios! y ¿qué quieres hacer tí de esa sangre, bestia feroz? ¿acaso beberla?

¿Se dirá que un duelo prueba que hay valor, y que esto basta para borrar la vergüenza ó vituperio de todos los demás vicios? Yo pregunto: ¿qué honor puede dictar semejante decision, y qué razon puede justificarla? Segun esto, si os acusan de haber matado á un hombre, ¿iréis á matar otro para probar que no es verdad? Así, virtud, vicio, honor, infamia, verdad, mentira, todo puede originarse del éxito de un combate; una sala de armas es el asiento de la justicia; no hay mas derecho que la fuerza, ni mas razon que el asesinato; toda la reparacion debida al que se ul-

traja es el darle muerte, y toda afrenta se encuentra bien lavada en la sangre del ofensor ó del ofendido. Decid, si los lobos supiesen raciocinar, ¿tendrían otro lenguaje?

« ¿Se vió una cosa semejante sobre la tierra, cuando estaba cubierta de héroes? Los hombres mas valientes de la antigüedad ¿pensaron alguna vez en vengar sus injurias personales por medio de combates particulares? ¿Envío César algun cartel á Catón, ó Pompeyo á César, por tantas afrentas reciprocas? Y el capitán mas grande de la Grecia ¿se deshonró por haberse dejado amenazar con un bastón? Otros tiempos, otra costumbres, ya lo entiendo; pero todas las que existen ¿son buenas? ¿Y podrá cualquiera desprenderse de ellas, si las costumbres de nuestra época son las que exigen el honor sólido? No, ese honor no es variable; no depende ni de los tiempos, ni de los lugares, ni de las preocupaciones: ni puede pasar, ni renacer; tiene su origen eterno en el corazón del hombre justo y en la regla inalterable de sus deberes. Si los pueblos mas ilustrados, mas valientes y mas virtuosos de la tierra no conocieron el duelo, digo que no es una institucion del honor, sino una moda horrible y bárbara, digna de su feroz origen. Resta saber si cuando se trata de su vida ó de la de otro, el hombre honrado toma por norma de su conducta á la moda, y si en este caso no se dan pruebas de mas valor despreciándola que siguiéndola. ¿Qué haría, segun vuestra opinion, el que quisiera ser un esclavo de ella en los lugares en que reina un uso contrario? En Mesina ó Nápoles iría á esperar á su hombre tras una esquina y le daría de puñaladas por detrás: esto se llama ser valiente en aquel pais; y el honor no consiste allí en hacerse matar por su enemigo, sino en matarle.

Entrad en vosotros mismos, y considerad si es permitido atacar con propósito deliberado la vida de un hombre, y exponer la vuestra para satisfacer un bárbaro y peligroso capricho, que no tiene ningun fundamento razonable. Y si el triste recuerdo de la sangre derramada en semejante ocasion puede dejar de clamar venganza en el fondo del corazón del que la ha hecho correr. ¿Conocéis algun crimen igual al homicidio voluntario? Y si la base de todas las virtudes es la humanidad, ¿qué pensaremos del hombre sanguinario y depravado, que se atreve á atacarla en la vida de su semejante?.....

Pero ¿qué especie de mérito puede encontrarse en despreciar la muerte por cometer un crimen? Aun cuando fuese cierto que rehusando el batirse se haría uno desprecia-

ble..... ¿de quien? de las gentes ociosas, de los malvados que tratan de divertirse con las desgracias de los demás; ¡hé aquí seguramente un grand motivo para dejarse degollar! ¿Qué desprecio es pues mas temible, el de los demás obrando bien, ó el suyo propio obrando mal? Creedme; el que se escipia verdaderamente á si mismo es poco sensible al injusto desprecio de otro, y no teme mas que hacerse digno de él; porque lo bueno y honroso no depende del juicio de los hombres sino de la naturaleza de las cosas; y aun cuando todo el mundo aprobara vuestra pretendida valentia, no por esto dejaría de ser harto vergonzosa. Por otra parte, es falso que, al abstenerse de un duelo por virtud, se haga uno despreciar. El hombre recto, cuya vida no tiene tacha, y que jamás ha dado pruebas de cobardía, rehusará manchar su mano con un homicidio, y por esto será mas respetado. Siempre pronto á servir á la patria, á proteger al débil, á llenar los deberes mas peligrosos y á defender en todo encuentro justo y honroso lo que tiene de mas querido y á costa de su sangre, camina siempre con esa inalterable firmeza, compañera inseparable del verdadero valor. En la seguridad de su conciencia marcha con la cabeza levantada; no huye ni busca á su enemigo. Se ve fácilmente que teme menos morir que obrar mal, y que le espanta el crimen y no el peligro. Si las viles preocupaciones se levantan por un momento contra él, todos los días de su honrosa vida son otros tantos testigos que las recusan, y en una conducta tan bien trazada se juzga de una accion por todas las demás.

« ¿Sabeis lo que hace esa moderacion tan penosa para el hombre ordinario? La dificultad es sostenerla dignamente; la necesidad no cometer despues ningrona accion vituperable. Porque si el temor de obrar mal no lo contiene en este último caso, ¿en dónde puede superponer un motivo mas natural? Se ve bien entonces que esta negatividad no proviene de la virtud, sino de la cobardía, y se moñan con razon de un escrupulo originado por el peligro. ¿No habeis reparado que esos hombres tan sombríos y prontos para provocar á los demás son por lo general de mala vida, que temiendo que les echen en cara el desprecio con que se les mira, se esfuerzan en cubrir con algunos lances de honor la infamia de toda su vida? ¿Son hombres para imitados? Dejemos á un lado á los militares de profesion, que venden su sangre á precio de oro, que tratando de conservar su puesto calculan por su interes lo que deben á su honor, y saben, real mas ó menos, lo que vale su vida.

» Dejád batirse á todas estas gentes. Nada es menos honroso que ese honor con que me ten tanto ruido; no es mas que una moda insensata, una falsa imitacion de la virtud, que se adorna con los crímenes mas grandes. El honor de un hombre que piensa noblemente no está en el poder de otro: está en sí mismo y no en la opinion del pueblo; y no se defiende ni con la espada, ni con el escudo, sino con una vida íntegra é irrepachable, y este combate vale mas que el otro tratándose de valor. En una palabra, el hombre de valor desprecia el duelo, y el hombre de bien le aborrece.

» Yo considero los duelos como el último grado de brutalidad á que pueden llegar los hombres. El que va á batirse con la alegría en el corazon no es á mis ojos mas que una bestia feroz que trata de despedazar á otra; y si queda algun vestigio de sentimiento natural en su alma, compadexco menos al que perece que al vencedor. Ved á esos hombres acostumbrados á la sangre; no desprecian los remordimientos sino ahogando la voz de la naturaleza; se hacen por grados crueles, insensibles; juegan con la vida de los demás, y el castigo de haber podido faltar á la humanidad es perderla completamente al fin. ¿Qué son en ese estado? »

El P. Gardil, barnabita, actualmente cardenal, ha dado un buen escrito contra los combates particulares, impreso en Turin, en 8.<sup>o</sup>: nos limitaremos á dar una idea de él.

No es, dice el sabio autor, entre los pueblos ilustrados y civilizados en donde es preciso buscar el origen de los duelos; tuvieron origen entre los bárbaros del Norte; es una de las costumbres crueles que estos conquistadores introdujeron en los países de que se hicieron dueños. Sus primeros vestigios se ven en la ley de los borgoñones redactada á principios del siglo VI; ordenaba el combate entre los litigantes cuando rehusaban justificarse por medio del juramento; el mismo abuso estaba autorizado por la ley de los lombardos.

Si queremos remontarnos á la causa de este uso bárbaro, se verá que fué: 1.<sup>o</sup> Una independencia y una libertad salvaje, en virtud de la cual todo hombre se creía con derecho para hacerse justicia á sí mismo, ó mas bien no conocer mas derecho que la fuerza. 2.<sup>o</sup> El punto de honor mal entendido, fundado sobre una falsa nocion del valor, que hacia consistir todo el mérito de un hombre en la fuerza del cuerpo. 3.<sup>o</sup> Una supersticion ciega, que consideraba el éxito de un combate como un testimonio de la Divinidad, por lo que se llamaban estas pruebas el *juicio de Dios*; como si Dios debiera siempre declararse de una manera sensible á

favor de la inocencia y del buen derecho. Ninguna de estas preocupaciones absurdas deja de ser á propósito para hacer odioso el uso de los combates particulares. Aun cuando fuera posible excusarlos por ignorancia, cuando se hacian por medio de la autoridad pública y en virtud de una ley, ninguna razon podria ya justificarlos en una sociedad civilizada, en la cual es un atentado contra todas las leyes divinas y humanas.

Con efecto, el *duelo* es evidentemente contrario: 1.<sup>o</sup> A la ley divina, que prohíbe el asesinato y la violencia, y prohíbe á todo particular, el vengarse. 2.<sup>o</sup> A las leyes eclesiásticas, que han lanzado la excomunion contra los *duelistas*, y prohíben la sepultura eclesiástica á los que mueren en estos combates. 3.<sup>o</sup> A las leyes civiles, que condenan á muerte á todo asesino, sin exceptuar los que han cometido este crimen en un *duelo*, y que hasta quieren que se pida perdon por un homicidio involuntario é imprevisto. 4.<sup>o</sup> Es un ataque á la autoridad pública, que ha establecido jueces y tribunales para hacer justicia á todo hombre ofendido, y que prohíbe á todo particular el hacerse la justicia á sí mismo. 5.<sup>o</sup> Es una prueba de valor muy equívoca, porque está probado por la experiencia que los espadachines de profesion no son los mas valientes en una expedicion militar, en donde se necesita un valor reflexivo; así los grandes capitanes y mejores políticos vituperaron y despreciaron esta falsa valentía. 6.<sup>o</sup> La causa de estos combates casi siempre es odiosa, porque es la brutalidad, la insolencia, el libertinaje, el desprecio de la disciplina y de la subordinacion; hay pocos *duelistas* que no sean capaces de hacer una bajeza para satisfacer una pasion desarreglada. 7.<sup>o</sup> Cómo un hombre sensato puede honrarse con esto, despues que ha visto comunicarse semejante furor al pueblo mas bajo y hasta á las mujeres?

En vano algunos racionadores han dicho que el *duelo* podia estar autorizado en ciertos casos por la ley natural, que permite la justa defensa de sí mismo; confundieron groseramente todas las nociones. La defensa de sí mismo no es justa, sino cuando un hombre es atacado por un enemigo, sin haberlo provocado y sin exponerse á ello voluntariamente; pero la defensa es tan injusta como el ataque, cuando uno propone el combate y el otro lo acepta, convienen en el tiempo, lugar, armas, etc.; ó mas bien, es un ataque mutuo, premeditado, y no una defensa forzada por la necesidad. Se comprende bien que para excusar el crimen del *duelo*, se trata de hacerlo pasar por un encuentro fortuito.

Peró el que rehusa el combate, será deshonrado..... Lo será tal vez entre los insensatos, que no tienen ni razon, ni religion, ni verdadera idea del honor; su desprecio es acaso una desgracia tan grande para que sea preciso compararlo con un crimen, cuando uno puede estar seguro de agrandar y ser estimado por los sabios? Un hombre cuyo valor está probado por otros motivos, no tiene necesidad de la aprobacion de los insensatos para conservar su reputacion.

Es constante que el furor por los *duelos* se multiplicó principalmente en Francia, bajo el reinado de Francisco I; que el valor caballeresco y poco prudente de este principe fué la causa. Sus sucesores dieron inutilmente edictos para contener el contagio de este frenesí; su gobierno no era bastante firme para hacerlos ejecutar. El duque de Sully vituperó altamente á su señor Enrique IV por la facilidad con que concedia la abolicion de la pena de los *duelos*. Así, en 1607, un secretario de Estado calculó que desde el advenimiento de este principe al trono, en un espacio de diez y ocho años, perecieron cuatro mil caballeros en el *duelo*. Otro autor refiere que hubo por lo menos trescientas victimas de esta mania, bajo la minoría de Luis XIV, y segun el cálculo de Teofillo Raynaud, en treinta años el *duelo* hizo perecer bastante número para componer un ejército. Esto es lo que obligó á Luis XIV á renovar las antiguas edictos respecto á este desorden, y á agravar las penas; la firmeza con que las llevó adelante disminuyó mucho el número de los *duelos*.

En un discurso hecho en 1614, nos dice el canceller Bacon que este furor hacia entonces tantos daños en Inglaterra como en todas las demás partes; en el dia apenas se conoce, sin que por esto hayan perdido los ingleses nada de su bravura militar: existen pues medios eficaces para reprimir esta epidemia, sin perjudicar al bien del Estado.

Los que el mismo Bacon propone, son: 1.<sup>o</sup> hacer ejecutar rigurosamente los edictos, y no usar ninguna indulgencia para con los culpables, de cualquier condicion que sean; 2.<sup>o</sup> privar de toda distincion, de todo cargo, de toda muestra de honor á los que faltan á la ley; 3.<sup>o</sup> evitar las causas del *duelo*, haciendo castigar con severidad todos los insultos é injurias que pueden dar lugar á ello; 4.<sup>o</sup> muchos escritores dijeron que se observaria mejor la ley, si se suprimiera la pena de muerte, y si el castigo se limitara á alguna clase de infamia. No nos toca á nosotros prescribir al gobierno los medios de que puede y debe echar mano para hacer que cese un

desorden que en todas épocas hizo lamentarse á los sabios.

Se dice que todos los medios serán inútiles; que la preocupacion del punto de honor será siempre mas fuerte que la razon, que las leyes y las penas. Si esto fuera cierto, ¿en dónde estaria el honor de preferir el imperio de la preocupacion al de la razon y de las leyes? Pero la experiencia prueba que esto es falso; pues que la razon y las leyes han prevalecido en otras partes, no vemos sobre qué fundamento se supone que nuestra nacion es mas intratable é incorregible que las demás.

Algunos filósofos han querido servirse del furor de los *duelos*, para probar que los motivos de la religion hacen mucha menos impresion sobre los hombres que el honor; pero resulta tambien que esta preocupacion es mas poderosa que las leyes civiles y que el temor á la muerte; ¿se deducirá que las leyes civiles y las penas son inútiles y no producen ningun efecto? No he usado el número de los que han rehusado altamente y con valentía el *duelo* por motivo de religion.

**Duclnistas.** V. Arostúacos.

**Dulia, servicio.** Esta voz viene de la palabra *δουλα*, *servidor*. Es un término usado entre los teólogos para expresar el culto que se rinde á los santos, á causa de las dones excelentes y de las cualidades sobrenaturales con que Dios los ha favorecido. Los protestantes afectaron confundir este culto que los católicos rinden á los santos, con el culto de adoracion que no es debido sino solo á Dios.

Al explicar estos su creencia, se han opuesto con todas sus fuerzas á la injusticia y falsedad de esta imputacion. La Iglesia siempre ha pensado sobre este articulo, como S. Agustín les decia á los maniqueos; Nosotros honramos á los mártires, dice este Padre, con un culto de afecto y de sociedad tal, como se rinde en este mundo á los santos y á los servidores de Dios. Pero solo á Dios rendimos el culto supremo llamado en griego *latria*, porque es un respeto y una submission que no son debidos mas que á él. L. 20, *contra Faust.*, c. 21.

Conviene Dailié en que los PP. del siglo IV establecieron una diferencia entre el culto de *latria* y el de *dulia*; pero no se debe creer que el culto rendido á los santos no comenzó hasta esta época. Los PP. del siglo IV no hicieron mas que seguir la creencia y las prácticas de los siglos anteriores. Desde el II, S. Justino, *Apol.* 2, n.º 6, dice que los cristianos adoran á Dios Padre, al Hijo y al Espíritu pro-

fético, y que honran á los ángeles. Asi Barbeyrac ha hecho á este P. un grave cargo con este motivo, porque es una refutación de los falsos alegatos de los protestantes.

Aunque las liturgias, segun la opinion comun, no se pusieron por escrito hasta el siglo IV, estaban en uso desde los apóstoles: las mas antiguas contienen la invocación de los santos. En el Apocalipsis encontramos el primer plan de la liturgia cristiana. Se hace mención en ella de los ángeles que presentan á Dios las oraciones de los fieles, v. 8; viii, 3. En la carta de la Iglesia de Esmirna con motivo del mártirio de S. Policarpo, que es del año 160, se dice, número 17, que los paganos y los judios querian impedir que los restos de sus cuerpos fuesen entregados á los cristianos, por temor de que este mártir fuese adorado por ellos en lugar del crucificado. Este temor quimérico no hubiera podido tener lugar si los cristianos no hubiesen rendido ningún honor religioso á los mártires. Declaran que les es imposible rendir un culto á otro que á Jesucristo, bien entendido que hablan de un culto supremo, porque añaden: «Nosotros lo adoramos como á Hijo de Dios, y amamos á los mártires como sus discípulos é imitadores.» Pero amarlos y dar testimonio de este amor con señales exteriores de respeto, ¿no es rendirles un culto? Juliano, que escribió en el siglo IV, cree que antes de la muerte de S. Juan los sepulcros de S. Pedro y S. Pablo eran ya honrados, aunque en secreto: en S. Cirilo, *lib. 10*, p. 227; y que los cristianos aprendieron de los apóstoles esta práctica que llama *una magia execrable*. *Ibid.*, p. 339.

Convenimos que en el origen y en el sentido gramatical los términos *aditá* y *latría* son sinónimos. No se deduce de esto que sirvamos á los santos como á Dios; Dios es nuestro soberano Señor; los santos no son mas que nues-

tros protectores á su lado. V. CULTO, SAKTOS, etc.

\* **Dunkeros ó Tunkeros.** Sectarios, cuyo nombre viene del aleman *tunken*, que significa *empapar, sumergir*; porque bautizan los adultos por inmersión total, como se practica en algunas otras sectas bautistas. Su fundador es Conrado Reysel que en 1724 se retiró á una soledad. Tuvo asociados, y de su reunión resultó la pequeña ciudad de Eufrata, situada en un sitio pintoresco á veinte leguas de Filadelfia. En el dia se halla cubierto de moreras gigantescas, que protegen una multitud de pequeñas casas de madera, habitadas por los *dunkeros*. Estas casas están dispuestas en dos líneas paralelas, viviendo separados los hombres y mujeres. Eufrata no contaba en 1777 mas que 500 cabañas; en nuestros dias, la colonia se compone de 30,000 sectarios por lo menos. Los *dunkeros* profesan la comunidad de bienes. Llevan siempre un hábito largo arrastrando con cintura y capuchón. Se dejan crecer los cabellos y barba. No comen carne sino en las ocasiones raras de sus festines en comun, únicas reuniones en que se encuentran los dos sexos. Su alimento habitual se compone de raíces y vegetales. Habitan celdas, y se duermen sobre el suelo. Los *dunkeros* son solteros; el matrimonio los separa de la colonia, sin romper los lazos de la comunidad espiritual. No bautizan mas que á los adultos, niegan la trasmisión hereditaria del pecado original, no admiten tampoco la eternidad de las penas del infierno, y creen que la recompensa de las almas de los justos después de la muerte consistirá en anunciar el Evangelio en el cielo á los que no han podido verlo en la tierra. Renunciaban del todo á la guerra, á los pleitos, á la defensa personal, y á toda propiedad de esclavos. Los *dunkeros* de América son en cierto sentido religiosos protestantes.

## E

**Ebionitas.** Hércjes del primero ó segundo siglo de la Iglesia. Los sabios no están acordes ni en el origen del nombre de estos sectarios, ni en la fecha de su nacimiento. San Epifanio, *Hær.* 30, ha creído que eran asi lla-

mados, porque tenían por autor á un judío nombrado *Ebion*; otros han juzgado que este personaje no existió nunca; que como *Ebion* en hebreo significa *pobre*, se llamó *ebionitas* á una secta de cristianos judaizantes,

cuya mayor parte eran pobres ó tenían poca inteligencia. Muchos críticos han estado persuadidos que estos sectarios aparecieron en el primer siglo, hácia el año 72 de Jesucristo; que S. Juan los designó en su primera epístola, c. 4 y 5, y que son los mismos que los nazarenos; parece, en efecto, que algunos antiguos los han confundido. Otros juzgan con mas verosimilitud que los *ebionitas* no comenzaron á ser conocidos hasta el segundo siglo, hácia el año 103, ó aun mas tarde, bajo el reinado de Adriano, después de la completa destrucción de Jerusalem, el año 119; que asi los *ebionitas* y los nazarenos son dos sectas diferentes: este es el sentir de Mosheim, *Hist. crist.*, *secc. 1*, § 58; *secc. 2*, § 39; parece ser el mas conforme al de S. Epifanio y al de otros PP. mas antiguos que han hablado de esta secta.

Conjetura este historiador que, después de la completa ruina de Jerusalem, una parte considerable de los judios que habian abrazado el cristianismo, y que habian observado hasta entonces las ceremonias judaicas renunciaron por fin á ellas, cuando hubieron perdido la esperanza de volver á ver reedificado el templo, y á fin de no ser envueltos en el odio que los romanos habian concebido contra los judios. Ensebio lo atestigua, *Hist. ecclés.*, *lib. 3*, *cap. 35*. Los que continuaron judaizando formaron dos partidos: los unos permanecieron apegados á sus ceremonias, sin imponer embargo la obligacion de ellas á los gentiles convertidos al cristianismo; se les toleró como cristianos débiles en la fe, que por otra parte no incurrian en ningún error; retuvieron el nombre de *nazarenos*, que hasta entonces habia sido comun á todos los judios hechos cristianos: los otros, mas obstinados, sostuvieron que las ceremonias mosaicas eran necesarias á todo el mundo; hicieron un cisma y llegaron á ser una secta herética: estos son los *ebionitas*.

Los primeros admitian el Evangelio de S. Mateo todo entero; confesaban la divinidad de Jesucristo y la virginidad de Maria, respetaban á San Pablo como un verdadero apóstol, y no estaban apegados á las tradiciones de los fariseos; los segundos habian cercenado los dos primeros capítulos de S. Mateo, y se habian formado un Evangelio particular; habian forjado muchos libros bajo el nombre de los apóstoles; miraban á Jesucristo como un puro hombre nacido de José y Maria; estaban apegados á las tradiciones de los fariseos, y detestaban á S. Pablo como un judío apóstata y desertor de la ley. Estas diferencias esenciales. Mas como jamás hubo uni-

formidad entre los herejes, no se puede asegurar que todos los que pasaban por *ebionitas* pensasen del mismo modo.

Además de estos errores, los acusa tambien S. Epifanio de haber sostenido que Dios habia dado el imperio de todas las cosas á dos personajes, á Cristo y al diablo; que este tenia todo el poder sobre el mundo presente, y Cristo sobre el siglo futuro; que Cristo era como uno de los ángeles, pero con mucho mayores prerogativas: error que tiene mucha semejanza con los de los marcionitas y maniqueos. Consagraban la Eucaristia con agua sola en el cáliz; cercenaban muchas cosas de las santas Escrituras; desechaban todos los profetas desde Josué; miraban con horror á David, Salomon, Isaías, Jeremias, etc.; y no comían carne, porque la creían impura. Se dice, en fin, que adoraban á Jerusalem como la casa de Dios, que obligaban á todos sus sectarios á casarse aun antes de la edad de pubertad, que permitían la poligamia, etc. *Flury, Hist. ecclés.*, *t. 1*, *lib. 2*, *tit. 42*. Mas la mayor parte de estos cargos están puestos en duda por los críticos modernos. En efecto, S. Epifanio no atribuye todos estos errores á todos los *ebionitas*, sino á algunos de ellos.

Le Clerc, que, en su *Historia eclesiástica de los dos primeros siglos*, sostiene que los *ebionitas* y los nazarenos han sido siempre la misma secta, distingue los que aparecieron el año de 72 de los que hicieron ruido el año 103; cree haber descubierto las opiniones de estos últimos en las *Clementinas*, cuyo autor, dice él, era *ebionita*. Mas este desecha el Pantateuco, pretendiendo que no fué escrito por Moisés, sino por un autor mucho mas reciente. <sup>2º</sup> Dice que nada hay verdadero en el antiguo Testamento, mas que lo que es conforme á la doctrina de Jesucristo. <sup>3º</sup> Que este divino Maestro es el unico verdadero profeta. <sup>4º</sup> Cita no solamente el Evangelio de S. Mateo, sino tambien los otros. <sup>5º</sup> Habla algunas veces de Dios de una manera ortodoxa; pero sostiene por otra parte que Dios es corporal, revestido de una forma humana y visible. <sup>6º</sup> No ordena la observancia de la ley de Moisés. Añadamos que este impostor no crea en la divinidad de Jesucristo, y que habla de él como de un puro hombre; mas Le Clerc, sociniano disfrazado, no ha querido advertir esto; censura con acritud á S. Epifanio de no haber sabido distinguir los antiguos *ebionitas* de los nuevos. *Hist. ecclés.*, *pág. 476, 535* y siguientes.

Mosheim ha refutado completamente esta opinion, *Dissert. de turbata per recentiores platonicos Ecclesia*, § 34 y siguientes. Atri-